



¡Salud tiempo en
que nuestro silencio
será más poderoso
que nuestras voces!
SPIES

EN EL PAIS VASCO los trabajadores HACEN FRENTE al régimen franquista

TAMBIEN los trabajadores del País Vasco han utilizado la huelga para manifestar su repudio al régimen fascista. Como el proletariado de Cataluña, los obreros de Bilbao, San Sebastián, Eibar, Mondragón, Hernani y Beasain han ofrecido al mundo la prueba de su odio al régimen opresor que impuso a España el fascismo internacional.

Las huelgas de Vizcaya y Guipúzcoa se han desarrollado con verdadero éxito, a pesar de las medidas que el fascismo hispano había adoptado para hacerlas abortar. Las amenazas de los esbirros de Franco, la movilización de las fuerzas represivas, el continuo predicar de los más fieles servidores del escudillo, no han podido evitar que los trabajadores realizaran el hermoso plebiscito. En el País Vasco, la inmensa mayoría de la población, y la totalidad de los trabajadores, han votado, sin urnas, contra la tiranía.

En Bilbao, los trabajadores de Altos Hornos y de Euzkalduna fueron, virtualmente, los iniciadores del movimiento huelguístico; pero horas después la huelga era general y abarcaba toda la zona industrial del Nervión. En San Sebastián, el paro fue iniciado por los obreros de la casa Larrutia y Rezola por los de la Tabacalera, por los de la casa Altuna... pero también fue secundado por la inmensa mayoría de la población laboriosa. En Hernani, la huelga general fue absoluta. Ni un solo obrero trabajó. En Eibar, Mondragón y Beasain, los trabajadores fueron solidarios con los de Bilbao, San Sebastián y Hernani.

Las «autoridades» fascistas, las hienas que persisten en su afán de dominación, han podido medir el alcance del movimiento huelguístico que vive España. Ahora ya no pueden negar el carácter popular de esas movilizaciones. Ya no pueden esgrimir argumentos como el que sacaron a la palestra cuando se trató de desvirtuar el verdadero significado de la acción de los trabajadores de Cataluña. Y, poco a poco, no les va quedando otro recurso que el de vivir en continuo estado de guerra, delatándose una vez más ante la opinión pública mundial o claudicar, abandonar España, huir de la Península y terminar con sus odiosas especulaciones. No es fácil que adopten, los fascistas, esta última actitud. Mucho más probable es que adopten la primera. Y esta opinión es corroborada por las noticias recibidas de las huelgas de Vizcaya y Guipúzcoa trascendieron al extranjero, comentarios en general desfavorables al régimen franquista. Y la Prensa ha publicado de nuevo artículos relativos a la verdadera situación del Pueblo español. Todo ello es útil en extremo, es necesario, no es suficiente. Existe el deber de ayudar al Pueblo español. De ayudarlo eficazmente. De aportarle una solidaridad que merece y necesita. Y ese deber abarca a las organizaciones obreras y a todos los seres de conciencia.

En los momentos actuales un movimiento de protesta, coordinado internacionalmente, podría suponer una ayuda efectiva. La determinación del Pueblo español es producto de los anhelos más elevados que puedan cobijarse en el alma de los hombres. Los trabajadores españoles quieren vivir libremente, quieren deshacerse del yugo del fascismo. Y tienen derecho a esa solidaridad que la Humanidad, inconscientemente, les ha negado hasta este instante.

Todavía pueden ocurrir en España muchas cosas. Nuestra advertencia, al hacer la afirmación que antecede, no es producto de una ilusión, sino que es producto de las realidades del problema español. El Pueblo quiere destruir al régimen que lo oprime. Ha empezado con un movimiento huelguístico sin precedente en la historia, y acaso termine con una insurrección que provocará ríos de sangre. El mundo puede evitar ese nuevo martirio logro a nuestro Pueblo. Puede evitarlo hoy. Mañana quizás sea ya tarde.

Y es que el dilema es concreto: en España, el Pueblo y el fascismo son adversarios. La vida del uno es la muerte del otro. Durante doce años el Pueblo ha vivido muriendo—que morir es padecer régimen semejante—, y ahora quiere vivir, quiere despojarse del terror del totalitarismo, quiere extirpar el horrible cáncer que ha hecho de España un calvario, y de los españoles, crímenes que no quieren soportar la cruz de las infamias del fascismo.

NUMERO D E MAYO RESUMEN HISTORICO de los sucesos DE CHICAGO

Como resultado de la agitación especialmente realizada por los socialistas revolucionarios entre los trabajadores norteamericanos, para su organización y entremetimiento en las luchas sociales, el 1° de Mayo de 1886, millares de trabajadores abandonaron sus familias y proclamaron la jornada de 8 horas.

La Unión Central de Chicago convocó un mitin al que asistieron veinte mil personas y en el que tomaron parte como oradores Spies, Parsons, Fiedler y Schwab.

El día 2 tuvo lugar otro mitin de los obreros despedidos de la factoría de McCormick, para protestar contra los atropellos de la policía. En él hablaron Parsons y Schwab.

El día 3 se celebró otro mitin, el de Haymarket, en el que por la provocación intempestiva y acción violenta de las autoridades y fuerza pública, se produjeron los sangrientos sucesos en los que se basó la reacción para adobar el gran proceso contra el anarquismo.

El 17 de mayo, se reunió el Gran Jurado. La acusación cumplió en el asesinato del policía Degán a Augusto Spies, Michael Schwab, Samuel Fielden, Adolfo Fischer, Engel, Luis Lingg, Oscar Neebe, Rodolfo Schnaubelt y William Seliger (este último hizo tracción, vendiéndose villanamente a la policía). Schaubelt y Parsons no se hallaban en poder de la policía, pero el segundo, convencido de su inocencia, se presentó en el banco de los acusados, para ofrecer con sus compañeros la vida en holocausto de las ideas.

El 21 de junio tuvo lugar el examen de los jurados, que duró 22 días.

El 20 de agosto se hizo público el veredicto. Spies, Schwab, Fielden, Parsons, Fischer, Engel, Lingg, fueron condenados a muerte. Neebe a reclusión por 15 años.

De nada sirvió que, en la vista de la causa, quedara plenamente probada la inocencia de los inculcados. Eran anarquistas y había que condenarlos para dar satisfacción al capitalismo que, temeroso, exigía el exterminio de los elementos destacados, para terminar con el movimiento obrero revolucionario.

Pese a la imponente protesta internacional que, desde todas las esferas se desencadenó contra la terrible e injusta condena, ésta fue ejecutada de la siguiente manera: Neebe pasó a cumplir condena de 15 años. Schwab y Fielden la de reclusión perpetua por los que comutaron la capital. Lingg se suicidó en la celda antes de que le pudieran llevar a ajusticiar. Fischer, Engel, Spies y Parsons fueron ahorcados el 11 de noviembre de 1887.

Las últimas palabras que pronunciaron al día siguiente del asesinato de Fischer, Engel, Spies y Parsons, el periódico «Arbeiter Zeitung», del que había sido director Spies, publicó el siguiente artículo, con el que RUTA terminará su recordatorio en este 1° de Mayo:

«Un cuádruple asesinato judicial se llevó a cabo ayer. El derecho de la libre reunión, el derecho de la prensa, del hogar, del amor fraternal, fueron sepul-



todos en sus frentes. ¡No llegarán a la guillotina los culpables, ¿verdad? Un día de espantosa liberación. La sangre de los asesinados, dice Mr. Grinnell, caerá sobre nosotros y nuestros hijos.

«Asesinato! Asesinato, esa es la palabra, cuyos ecos cruzan la tierra, y millares de pueblos se despiertan por el terrible crimen que se ha cometido en Chicago. Somos honrados, y admitimos que hemos perdido una batalla. Los capitalistas, los eternos enemigos de la clase obrera, han capturado realmente a nuestros más nobles guerreros y los han colgado.

No dormiremos así el miedo, porque nuestros enemigos esperan destruir nuestras creencias y nuestros corazones. Sentimos vivo el asesinato de nuestros aliados, pero no nos domina el temor, a pesar de tan dolorosas pérdidas. ¡Compañeros, en pie, y trabajemos nuevamente con más ardor!

No tengáis fe alguna en las ilusiones palabras que os lanzan nuestros enemigos. Estamos en medio de una guerra, guerra con una organización que tiene un cáncer mortal en el pecho, mucho mayor que el que decora la corona del príncipe de Alemania.

A nuestro lado están las fuerzas de la naturaleza, ante todo como hombres diremos: «los amados dioses nos favorecen», pero no os féis en ese mismo Dios que presta su ayuda solamente a los sicofantes y a los aduladores y no a los hijos de la naturaleza.

Victimas en guerra abierta con las clases superiores. Ellos poseen su planta sobre nuestras frentes.

Nada importa lo que ha pasado, guardemos nuestros sentimientos y no echemos una queja».

En España, las huelgas actuales están llenas, los acontecimientos que se suceden virginalmente en España hacen vibrar los corazones. La decidida actitud del Pueblo español atrae nuestras miradas angustiosas hacia la Península. La esperanza, jamás abandonada por los libertarios exiliados, adquiere nuevos bríos.

La fiera fascista ha pretendido permanecer agazapada en su cubil, ha pretendido engañar al mundo, ha querido convertir en leyenda lo que son las realidades de España. ¡Y el Pueblo no lo permite! ¡El Pueblo lo niega! ¡El Pueblo denuncia la inmoralidad del totalitarismo!

CRONICA semanal MAC ARTHUR

NO forma parte de mis propósitos la idea de enjuiciar la personalidad militar de Mac Arthur. Si de tal cosa se tratase, puesto en el trance de dar una opinión, diría que si la sabiduría de Mac Arthur es tan inmensa como dicen, pero carente de utilidad en los campos de batalla—¡maldita sabiduría homicida!—, más le valdría ser tonto de capote.

Mi opinión, en lo que se refiere a la personalidad moral del odiado del Pacífico, es concreta: Mac Arthur no merece ni una línea de nuestro paladín. Ni merece una línea la divergencia surgida entre él y Harry Truman. Problemas de esa naturaleza son de la sola incumbencia de quienes en los generales—con estrellas o sin ellas—deponen su confianza.

Sin embargo, hemos de hablar de Mac Arthur, porque por cada batalla ganada hay una batalla perdida y por cada vencedor un derrotado. En esta ocasión el derrotado ha sido, una vez más, el Pueblo.

Efectivamente, Mac Arthur ha ganado una batalla muy importante, quizás la más importante de su vida. Y ha ganado esa batalla lejos de Corea, lejos de los cañones y de las ametralladoras, lejos de las trincheras en las que los hombres mueren como fieras o viven como espectros. No se trata, a pesar de lo que la Prensa dice, de una batalla ganada a Truman. Si así fuese, la cosa no tendría importancia. Se trata, y ello es infinitamente grave, de una batalla ganada al Pueblo americano y a la sensibilidad humana. Por eso nos interesa este problema.

En Estados Unidos siete millones de neoyorquinos han vitoreado frenéticamente a Mac Arthur; han lanzado a su paso toneladas de serpentina; han manifestado ante él, como si se tratase de un dios. Y ese gesto, que tanto dice, pero puede ser interpretado como simple ola de entusiasmo. Forzoso es interpretarlo como acto de sumisión, como inverosímil claudicación, como suicidio moral.

La inmensa mayoría de la población estadounidense no lo entiende, ni quiere entenderlo, como quien estas líneas escribe. Para la población de Estados Unidos no hay claudicación, ni idolatría ni suicidio moral. Mac Arthur es el símbolo de las «glorias pasadas»: de Corregidor, por ejemplo, en donde a millares murieron los hombres, edificando con su sangre la gloria de Mac Arthur. En Estados Unidos la gente aferra a la idea de la invencibilidad del «héroe», del hombre «que llevó la bandera americana, de isla en isla, hasta el palacio imperial de Tokio», como afirman los redactores del «Daily Oklahoman», y a pesar de esa opinión, tan divergente de la nuestra, nadie se atreve a negar que el «héroe» cometió errores, sacrificó a millares de hombres, entenebreció—¡aun más!—la historia del militarismo. Y es que verdades de esa índole encuentran su «justificación» en las necesidades de la patria. Y la patria tiene de exarce que justifica todos los desatinos de sus hijos predilectos.

En realidad, Mac Arthur es en esta ocasión—como en otras muchas—un mudo al servicio de la oposición política que se enfrenta con el actual presidente de Estados Unidos. Y aunque este último no merezca mayor consideración que el primero, tendremos que convenir que mucho más agradable hubiese sido una posición de indiferencia del Pueblo americano ante los dos generales, el de la política y el del ejército, ante los dos hombres de paja de la plutocracia yanqui.

No ha sido así: 42.000 cartas han sido escritas para protestar de la actitud de Truman para con Mac Arthur. Ciento veinticinco mil telegramas de protesta han recibido el presidente de Estados Unidos. Mac Arthur ha habido un murido de indignación—según afirma la Prensa neoyorquina—al saber que Mac Arthur había sido destituido.

En todo caso, también en Estados Unidos habrá hombres que sentirán honda pena por la actitud de esos siete millones de seres que se agruparon para aclamar a un general, a un dictador en pequeño, a una «miniatura» que acaso aspiraba a adquirir la envagadura de los «grandes» dictadores que sufrió la Humanidad, y que en cierto modo lo logró en Asia.

La Prensa internacional se ha ocupado de la destitución de Mac Arthur. Los periodistas han encontrado, en eso, hecho, materia para confeccionar largos artículos. Unos han manifestado alegría, otros se han conmovido, pero ninguno de los articulistas de los grandes rotativos ha escrito nada contra lo que la claudicación de una masa de siete millones de seres humanos significa. Y, sin embargo, no puede ser más horrible la actitud de esas madres que se pasan por las calles de Chicago proclamando: «¡Nuestros hijos, en Corea, necesitan de Mac Arthur!» ¿Es necesario hablarles a esas mujeres? Si, es necesario hablarles a esas madres. Convencerlas de que la vida de sus hijos no puede ser garantizada por la elección de los pastores que deben conducirlos al matadero. Quizás entonces valoren todo el alcance de su locura. Quizás se den cuenta del monstruoso error que cometen. Quizás comprendan que en el militarismo y en la política se encuentran los factores de guerra, que harán que algunas de esas madres, que piden la «protección» de Mac Arthur para sus hijos, tengan que arrastrar el luto y la desesperación de las consecuencias que la locura colectiva no dejará de acarrear.

Jean VALJEAN.

HOV EUZKADI

NO importa si en castellano o en euzkadi. El caso es que Vizcaya y Guipúzcoa han alzado su voz contra la miseria etiquetada «Francisco Franco».

Pero Francisco Franco es generalísimo de las Españas «por la gracia de Dios», con lo cual Dios en esto no puede causar gracia ni a los creyentes que están en aquellas tierras. En nacionalista casco implica reconocer, en este caso, la voluntad de Dios o la inocencia del mismo, defecto y cualidad que se ven entre manos unos oídos y tonos de mortales que guisan por esta baja tierra. Pero la representación de esta no se la quitan a Franco los nacionalistas durkianos con razón, sino mediante las armas o con manijios subversivos.

Porque los hacemos la concesión del paro: han tomado, en la huelga general reciente, sendas cartas en el asunto. Al César lo que es del César. Pero en la derrota norteña de 1937 Dios se le colocó de espaldas, al concederle la victoria al bestio Franco; ¡por qué razón ahora, Dios se habría de convertir en huelguista contra su antiguo «favorecido»?

La Ciencia y la Religión

Si se estudia el problema imparcialmente, con el espíritu positivo y frío del físico que quiere conocer, realmente, cuanto le rodea, hemos de hacer con la Ciencia la concesión de que no se ha descubierto el último secreto de las cosas. Indudablemente, las ciencias experimentales, así como la física, que con la tradición, el lenguaje especial con que se expresa el Universo, no han dicho la última palabra... ni posiblemente la dirán.

No existe nada definitivamente juzgado. Sostenen lo contrario, como pretenden los textos bíblicos, ser tan sólo como querer limitar el espacio y el tiempo. Precisamente, la relatividad es el poder ser de todo. Frente a las «verdades» religiosas que, trans-

mitidas de generación en generación pugnan por permanecer intactas e inmovilizables, se alza poderosa la Verdad natural que avanza triunfante.

Floreal Oceña
te contra el metafisismo, el teologismo, lo estatístico.
Copérnico, dando la primera figura exacta del sistema solar, con planetas móviles girando alrededor de un sol central; las leyes de la gravedad descubiertas por Galileo y la rotación de la tierra; la ley de gravitación universal formulada por Newton que rige los movimientos de los cuerpos celestes; el concepto de la unidad de las fuerzas físicas por Angelo Secchi; la concepción del ori-

gen natural de los fenómenos y de su encadenamiento como ha señalado Augusto Comte, entre otros; la Astrofísica, iniciada por C. P. Secchi que en estos últimos años ha conducido a los sabios a los más sorprendentes descubrimientos relativos a la naturaleza de los astros, de las estrellas y de las nebulosas en particular, etc., dicen ser conocimientos en continua progresión que aclaran y explican lo que ayer no se comprendía, permitiendo escalar cimas que parecían inaccesibles al esfuerzo humano, que afirman de manera cada vez más precisa e innegable, que nada ha sido creado ni se crea.

«Dios, de la nada hizo el mundo»,
(Pase a la pág. 3.)

Monín interpela a un amiguito:

- Préstame veinte caramelos.
- No puedo. Solo tengo doce.
- Bueno, dámelos y me deberás ocho.



A Kiko le hablan de un señor muy importante:

- ¡Qué temperamento más singular! Ese señor se opone a todo, es anti-esto, anti-aquello, anti...
- Sí, antipático sobre todo.

HERMANA COPA

El lunes de la otra semana hizo el padrino su pregunta, cuando los niños llegaron del colegio:

—¿Qué queréis que os pinte hoy?

—Una copa—respondieron Botón y Azulita.

Cogió un papel y un lápiz, y mientras la iba pintando iba dándole así la explicación:

—Primero dibujaré el lugar de la copa donde se deposita el agua o el vino, que puede ser como una media naranja; luego la señal del sitio donde se eche el líquido que tiene dentro; después, la caña larguísima de cristal que la eleva y la hace esbelta, fina y alta, y, por último, la circunferencia del pie, que es un cristal redondo como un monedero.

La verdad es que una copa siempre es bonita, transparente, elegante, y desde luego noble, porque nada es tan agradable como tener sed y que una copa de cristal transparente se llene de agua, transparente también. Vamos torciendo y levantando el pie de la copa para variar en nuestra boca, y parece que se va espaciando por todo nuestro cuerpo la «sabrosa gracia» de su líquido... ¡Y aun dicen que el agua no sabe a nada...! Si son los sabios los que lo dicen, razón tendrán; pero ¡qué rica nos sabe cuando tenemos sed!

De la bondad de las copas yo sé una historia que precisamente le ocurrió a esta que os he dibujado en el papel.

Un señor muy simpático tenía las siguientes cosas: un hermoso bigote, dos hijas llamadas María Luisa y Ascensión, una gran cadena de reloj con un botijito de oro colgando y un automóvil azul.

Llegó el día del cumpleaños de la mayor, y el padre, para festejarla, le regaló una muñeca y una pelota, y se fue con la mamá y las dos niñas a pasar la tarde al campo, llevando platos, cubiertos, plátanos amarillos, tortillas amarillas, merluza frita amarilla, vino amarillo y unas cuantas copas, entre las cuales iba la de nuestra historia.

Jugaron las dos con la pelota, y después merendaron todas aquellas cosas amarillas que estaban tan ricas; hicieron como que la muñeca nueva comía piedrecitas curiosas que habían cogido por el campo, y cuando el sol ya se había escondido detrás de la montaña y empezaba a oscurecer, montaron en el automóvil y se volvieron a la ciudad, diciendo todos que ya no tenían ganas de cenar, por lo bien que habían merendado.

Pero he aquí que al recoger las cosas se olvidaron de la copa, que, como era transparente y estaba llena de agua, transparente también, resultaba tan verde como la hierba que tenía detrás, y no tuvo nada de particular que no la vieran, y más cuando ya estaba apagada la luz del atardecer.

Pasaron dos días, y entonces un viejo pastor de aquel pueblo recibió un papel que decía:

«Tu hijo César se ha caído de un árbol cuando cortaba leña en la finca «Los Chopos», y tiene unas heridas muy graves».

«Los Chopos» distaban unas cuantas leguas del pueblo, y, sin embargo, el buen padre emprendió tan tremenda caminata. Hablando solo por los senderos, iba exclamando constantemente:

—¡Hijo mío, hijo mío! ¡Pobre hijo mío!

Y se limpiaba el sudor de su frente, y se rompía las uñas cuando tenía que subir rocas para atajar y llegar pronto a ver al hijo herido.

Hacia un sol que quemaba de ponía sus rayos, y cuando el anciano padre del leñador llevaba dos leguas de camino, la fatiga le tenía rendido y el deseo de beber le llenaba de angustia. ¿Qué sed tan espantosa!

Iba entonces a pasar a unos metros de donde estaba la copa olvidada, y ésta, que conocía por experiencia la cara de los que tienen mucha sed, notó en el caminante que le agobiaba el deseo de beber. Y como ella era transparente, y por ese motivo el viejo no se iba a dar cuenta de su presencia, fue la copia y tuvo una idea: recibir un rayo que el sol la enviaba y hacerlo brillar en su vidrio como un estallido.

La caritativa copa brillaba con todas sus fuerzas para que al hombre le chocara el reflejo, se asustara y entonces bebiera el agua que ella contenía, pero el padrecito viejo no se daba cuenta, porque iba como ciego, pensando siempre en el mozo herido; y no hacía más que exclamar, según caminaba solitario por las sendas:

—¡Hijo mío, hijo mío! ¿Qué le pasará?

La copa no tuvo paciencia, y como la daba tanta pena aquel hombre tan sediento, tuvo otra gran idea cuando le vio decidido a pasar sin detenerse. Esta vez la idea fue la de convertir el estallido de su brillo en sonido de timbre, porque hay brillos de sol que cuando son muy fuertes parecen timbrazos. Y, en efecto, la copa empezó a sonar como un despertador.

El viejo pastorecillo sintió el ruido y se sorprendió mucho; lo vio entonces, se acercó, bebió su agua con calma, aunque fuese también con enormes deseos, y por no dejar la copa abandonada, le se la guardó como recuerdo.

Llegó a ver a su hijo, y afortunadamente se le encontró sonriendo y mejorado. Y cuando se le quitó la preocupación, puso un anuncio en los periódicos para saber de quién era la cristalina vasija.

Entróse al fin, y regaló a María Luisa y a su hermana Ascensión una camita y un armario de muñecas que él las hizo poco a poco en el campo, con madera, cuando iba detrás de las ovejas de su rebaño.

Entonces las niñas decidieron regalarle para recuperar la copa, que él conserva debajo de un fanal. Así es que todos viven tan contentos... y además yo me alegré un papel que decía:

L'OGRE ET LE BÉLIER

L'OGRE surnommé le rusé et le béliér se sont liés d'amitié. Ils s'aiment tendrement. Tous les deux s'en vont tendre des pièges dans la forêt. Et là, la chance favorise l'un et l'autre. Ils attrapent chacun une pièce de gibier qu'ils mangent avec plaisir. La proie du béliér est plus grosse et plus grasse que celle de l'ogre contre son ami le «béliér». Il cherche par tout moyen à dérober la proie du béliér. Ne trouvant pas d'autres artifices il dit au béliér: «Mon cher ami, nous allons manger en ce lieu nos deux animaux, car pour ce qui est de les emporter chez nous, chose impossible. Nous perdons notre temps et nous ne nous en faisons pas. Le mieux est de les dévorer tous les deux en ce lieu. Et pour cela, commençons par le tien, après nous continuerons par le mien.» L'ogre en parlant ainsi voulait conserver son animal et manger celui du béliér. Mais le béliér qui n'est pas si bête, si imbécile que sa réputation, lui dit: «Ami très cher, il vaut mieux manger le tien qui est malgre et emporter le mien à la maison le mien qui est gros.» Le béliér en répondant ainsi, désirait partir de là avec son animal resté vivant. L'ogre accepte la proposition et achève son gibier. Mais il n'en donne que la langue au béliér. Celui-ci la met dans sa gueule sans l'avaler. Peu après il s'élève entre eux une dispute et l'ogre finit par réclamer la langue de son gibier.



tous les bons gîgots. Le stratagème réussit.

Voici l'ogre: Il sort tranquillement de la forêt, suit son chemin avec un cœur plein d'allégresse. Quant à ses démons avec son ami, le «béliér» il n'en garde plus mémoire. Il ne songe pas même qu'il peut tomber dans les mains des coupe-gorges. Il prend pour ses amis tous ces êtres qui l'entourent et cette plaine qu'il traverse pour sa propriété. Son cœur est dans son trésor qu'il porte sur lui. Transporté de joie, il marche, il se presse d'atteindre sa demeure. Soudain il se voit devant un trou dont il sort un bruit sourd et mystérieux. Il croit avoir devant lui un fétiche qu'il réclame quelque chose. Et en effet le même bruit se précise et une voix sortant de terre réclame tantôt les cuisses du gibier tantôt les pattes d'avant tantôt les filets. Épouvanté, il donne tout ce qu'il a sur lui à l'astucieux béliér. Celui-ci encouragé, fait de nouveau entendre un dernier grognement et réclame la cuisse même de l'ogre. A cette exigence, l'ogre s'enfuit à travers champs. Le béliér victorieux sort de son trou et s'en va tout joyeux avec les gîgots de viande dans sa demeure.

De cette fable, je tire une double morale. La première est de ne rien cacher à ses amis; la deuxième est qu'un malin trouve presque toujours un autre plus malin que lui.

François HOUSSOU.

LAS AVENTURAS DE NONO CONSECUENCIAS DE UNA FALTA

(Continuación.)

—¿Qué te parece?—preguntó insidiosamente el tendidor.

—¿Qué hermoso es todo eso!—exclamó, sintiéndose como poseído de la culpa.

Quiso echar una última mirada e hizo necamente uso de los gemelos; pero cambiando de dirección, un horrible espectáculo se ofreció a su vista.

Apenas tuvo tiempo de distinguir callejones sucios, repugnantes y tortuosos; cosas como cuarteles, de habitación, y otras cosas, habiéndose por una población de aspecto miserable, le repugnó; así hombres, mujeres y niños de aspecto enfermo, ocupados en tareas que no tuvo tiempo de distinguir, pero que le parecían repugnantes.

La visión fue rápida como un relámpago, porque los gemelos le fueron arrancados violentamente de las manos por el hombre gordo, que dijo con voz ruda e irritada:

—No mires por ese lado; eso no te importa, ni cale la pena.

Nono, transformado, fijó en el hombre una mirada tímida.

«¿Te has asustado? No te extrañes. Yo he sentido miedo. Este anteojo es una pieza única en el mundo, y no lo cambiaría por la mayor riqueza imaginable, y me ha parecido que le dejara caer».

Nono se preguntaba si había caído realmente o si era una ilusión. Calmóse un poco, mas sus primeras dudas tornaron incremento; se apartó del hombre y con voz alterada gritó:

—¡Hans! ¡Mab!

—¿Qué tanto eres!—dijo el hombre tratando de tomarle la mano;—decidite y vente conmigo, que ya es tarde.

En aquel momento se oían las voces de Hans, Dick y Mab, que llamaban al compañero extraviado.

Nono, apartándose más del hombre, llamó a los que le buscaban.

—¿Dónde te escondes?—dijo Hans, cuya voz parecía más próxima, y que Nono reconoció perfectamente.

—¡Por aquí, por aquí!—gritó Nono

Entre unos arbustos apareció Hans, enseguida Dick y por una cresta próxima llegó Mab.

—No has cambiado gran sentimiento, y dijéramos que te creíamos perdido, y entre abrazos y todo género de cariñosas demostraciones, añadieron:

—¿Qué te ha sucedido? Hace un hora que te buscamos en vano.

El hombre gordo había desaparecido. Nono iba a contar su aventura; pero como en un momento dejó estuvo a punto de dejarse seducir y seguir al hombre, no se atrevió a declarar a sus amigos su debilidad; una falsa certidumbre le convenció, y resolvió callar su aventura, refiriendo solamente que, en la persecución de la mariposa, se había extraviado, explicando su erración por el miedo que se le había apoderado cuando solo y temiendo no poder unirse ya a sus compañeros.

—¡Ah!—exclamó Hans,—no creas que te hubiéramos abandonado; dispuestos estábamos a pasar la noche buscándote.

Entre tanto los otros niños llamaban y los conductores del desviado se unieron al grito de la columna, respondiendo a su llamamiento.

Las últimas palabras de Hans resultaron una cruel censura para Nono, que sintió doblemente su ingratitud respecto de aquellos buenos amigos, acusándose de haber querido abandonarlos por un desconocido cualquiera.

Decidió, no obstante, perdonarles su mutismo acerca de su aventura.

Esa tenacidad fue peor aún, porque Solidaria le había advertido que aquel ser grisero era Monado en persona, el constante enemigo de Solidaria y sus hijos, con lo cual se hubiera estado grapes peligros para lo sucesivo; pero era raro que una primera mentira no arrastrara otras consigo, y que a una primera falta de confianza no le siguieran otras muchas.

XI

Al volver a Automonia, Nono apenas tomó parte en la conversación, reflexionando en todo lo que acababa de ver.

Pilluelo de París, hijo de obreros, cuyos más grandes deseos se habían ardido alguna vez hasta terminar su pasado en el bosque de Chantou o de Meudon, sólo por excepción había llegado en cierta solemnidad hasta Verrières, no conocía del mar más que las descripciones entusiastas que había leído en algunos libros, respecto de montañas no conocía más que las colinas de Chantou y Montmartre, aunque en los mismos libros había leído la descripción de grandiosas sucesiones a las más célebres montañas, quedando en su imaginación y del deseo de emprender algún día esos viajes que consideraba condición esencialísima de su futura felicidad, y, naturalmente, se preguntaba si el señor gordo atizara aquellos deseos.

Aquí sería oportuna una lección moral, de esa abstracción relativa que cambia de manifestación y de objeto con las latitudes, climas, costumbres, educación, categoría social y sexo, cosa que más infantiles lectores aprenderán después, cuando, salidos de la escuela o del liceo en que se les enseña un montón de falsedades, sientan la necesidad de hacerse una educación propia para despejar el cerebro de cuantas necedades y malicias se les haya enseñado; pero aunque no se aprocheche esa oportunidad, preciso es reconocer que la conciencia manifestaría para explicar el estado psicológico de Nono, que cuando se ha hecho algo que no hubiera debido hacer, no queda un satisfecho de sí mismo; y le hace, paulatinamente, lo que se explica porque en lugar de declarar francamente las faltas cometidas se prefiere exhalar brutalmente el mal humor.

Eso es lo que sucedió a Nono.

Atormentado por sus deseos y por el reproche de la propia conciencia, operación íntima de nuestro juicio que nos indica que hemos cometido una injusticia, Nono permaneció taciturno hasta la llegada de Automonia, no respondiendo sino por monosílabos al cariñoso interés que le mostraban sus amigos.

(Continuación.)

Hermana LAGARTIJA

El martes hizo el padrinito su pregunta:

—¿Qué queréis que os pinte hoy?

—¡Una lagartija!—respondieron Botón y Azulita.

Cogió un papel y un lápiz el padrino, y mientras la iba pintando iba haciéndoles el siguiente relato:

—Vamos a pintar a vista de pájaro, es decir, como si anduviésemos sobre el papel en que la dibujamos. Primero trazaremos su hocico en punta, y a los lados sus ojos separados y vivarachos, negros como cabezas de alfileres. El cuerpo torcido, que es postura muy de lagartija, de modo que el costado de dentro quedará arrugadito y el otro estirado y terso en la curva. A un lado la pata, las cuatro remes de una lagartija, las cuatro patitas, todas ellas con sus uñas larguísima. Y, por último, el rabo, que es lo más importante en el dibujo de las lagartijas. Tan importante es, que hasta parece que las lagartijas no son más que un rabillo largo, largo, al que han sacado punta por el lado del hocico, y al que han puesto dos ojos y cuatro patas.

Pero ahora voy a contaros su historia, que tiene algún interés. Cierta tarde de primavera, un chiquillo llamado Manolo se marchó al campo a cazar grillos, que era cosa para lo que se daba muy buena maña. Una suave brisa o venticuello movía las amapolas rojas y los trigales, ya amarillos, como si los acariciara, y hasta parecía que los extensos sembrados hacían como un bello oleaje de mar.

Por en medio de aquel mar de hierbas y flores iba Manolo casi sin respirar y pisando de puntillas para llegar a los agujerillos donde se escondían al ver los grillos cantoreos.

Luego hurgaba con una pajita cosquillosa, salía el grillo andando hacia atrás, le daba caza, le admiraba sus brillos negros poniéndole en la palma de la mano y lo volvía a soltar, porque más le gustaba el acto difícil de cazarlos que luego hacerlos sufrir cárcel en una jaula sin motivo ni delito.

Aquella tarde reunió debajo de su gorra doce grillos entonces se subió a lo alto de una roca y los soltó a todos al mismo tiempo para ver cómo se esparcían como doce borrones volátiles.

Pero al descender de la roca se escurrió, y tuvo que agarrarse a unas zarzas, con lo cual recibió un buen pinchazo en un dedo, al lado mismo de la única sortija que usaba; y para llevarse la mota de sangre a la boca, que es cosa que todos los chicos hacen para consolarse del dolor, se quitó el anillo.

Tenia cierta historia la sortija aquella, que fue de su abuelo Manuel, anciano que quería tanto a su nieto, que un día le regaló una ganadería con veinte caballos y cuatro toros de cartón, y además esa sortija, en la que había mandado grabar por dentro esta inscripción: «Del abuelo Manuel al nieto Manolito».

(Continuación.)

...su maestro

Por ejemplo, ¿este paso, esta postura No la haré yo mejor sin el zoquete?

Tenga usted cuenta... No es difícil... nada...

Así decía; y suelta el contrapeso. El equilibrio pierde; ¡Adios! ¿Qué es eso?

¿Qué ha de ser? Una buena costalada.

—¡Lo que es audaz! Juegas embrazo, Incauto joven! (el maestro dijo).

¿Huyes del arte y método? Pues, hijo, No ha de ser este el último porrazo.

Hemeroteca TRIARTE, UNICAD CEDOC

El volatin y...

Mientras de un Volatin bastante diestro. Un principiante mozaibillo toma Lecciones de bailar en la maroma. Le dice:—«Vea usted, señor maestro, Cuánto me estorba y cansa este gran palo Que llamamos chorizo o contrapeso. Cargar con un garrote largo y grueso Es lo que en nuestro oficio hallo yo malo. ¿A qué fin quiere usted que me sujete, Si no me faltan fuerzas ni soltura?»